

Ni amplia ni libre

Estos días de ruido y furia, estafadores compulsivos y pueblos embaucados me sacude Sandpiper

LORENZO SILVA



Sucedió el 14 de septiembre de 2009. Nos vimos, como otras veces, en el Viena Pedralbes de la avenida Diagonal de Barcelona. Él bajaba desde Sant Just, yo iba desde Viladecans: era un lugar cómodo para ambos. Ahora, cuando ya no tiene remedio, lamento que no nos citáramos más a menudo. Ese día, lo avala la dedicatoria que tengo delante, Joan Margarit me hizo entrega de un ejemplar firmado de su edición y traducción de los poemas de Elizabeth Bishop. Leí su dedicatoria, con gratitud: aludía a un ser de ficción, Virginia Chamorro, y aventuraba la conjetura, certera, de que Bishop le gustaría. También leí, claro, los poemas, pero quizá no con el detenimiento suficiente.

Hoy, diecisiete años después, me reencuentro con Bishop al ordenar la estantería de poesía. Y es ahora cuando reparo en el índice: además de regalarme y dedicarme el libro, Joan había marcado en él los poemas que consideraba más representativos de aquella poeta grave y profunda, como él mismo la calificaba. Los releo, uno por uno y en orden, y el amigo difunto vuelve a lomos de cada uno de ellos; lúcido y penetrante, y a la vez tan amable y propicio como lo fue siempre. Cuando a uno le sucede algo así, toma conciencia de que una biblioteca no es un cofre del tesoro, sino un almacén de cofres del tesoro, al que hay que volver una y otra vez para abrirlos y quedarse extasiado.

Señaló Joan en aquel índice poemas memorables: Crusoé en Inglaterra, Cuestiones de viaje, Ciudad de noche, Un arte o North Haven, entre muchos otros. Todos –y cada uno de ellos– me remueven: el de Crusoé evoca la juventud y la aventura que ya fueron y no volverán a ser; el del viaje inquiere sobre la manía de no quedarnos quietos en una estancia; el de la ciudad nocturna atisba la culpa que titila en las luces que alumbran las calles por las que discurrimos; el del arte se detiene en el aprendizaje que a todos nos incumbe para despedirnos de cuanto nos importa; el de North Haven cincela la oquedad que deja a la poeta la muerte de su amigo Robert Lowell. Pero, en estos días de ruido y furia, de afanes vanos, estafadores compulsivos, pueblos embaucados y seudointeligencias digitalizadas, me sacude Sandpiper.

Habla de un pájaro, que recorre la orilla de una playa del Atlántico batida por las olas y da por hecho el bramido del mar que lo acompaña y que el mundo «está obligado a estremerse». Absorto, indaga en la arena que entre los dedos de sus patas drena el agua del mar que se acerca y se retira. Busca algo entre los millones de granos –blancos, negros, bronceados y grises, mezclados con rosa y amatista–, y está obsesionado, anota la poeta, con eso que no acaba de aparecer. Se le antoja a uno la imagen del ser humano del siglo XXI. Y, como en otra parte dice Elizabeth, querido Joan: «La elección nunca es amplia ni libre».



LA TRIBUNA

El otro gran capitán

MANUEL OLMEDO
Ingeniero

En mayo se han cumplido 18 años de la creación de la Asociación Bernardo de Gálvez

En el recién celebrado Día de las Fuerzas Armadas escribimos esta Carta a un Legionario para recordar a un –hasta hace muy poco– injustamente olvidado Héroe de España, que hace 245 años pasó a la fama por la hazaña que supuso conquistar Panzacola. Hablamos de Bernardo de Gálvez. Con apenas 16 años comenzó su carrera militar en el sitio y toma de Almeida. Después y durante casi siete años estudió en la academia regimental francesa de Pau. Pasó luego al virreinato de Nueva España en donde al mando de una compañía de soldados presidiales defendió a los habitantes del norte de Chihuahua y el sur de Texas de los ataques de feroces apaches, recibiendo tres heridas. Cuatro años más tarde, en Argel, una bala de fusil le atravesó la pierna derecha. Tras la conquista de los principales bastiones ingleses en el Misisipi y en La Mobia, y después de Panzacola, protagonizó en el verano de 1781 un episodio prácticamente desconocido: más de 120 toneladas de monedas de plata se enviaron a las tropas de las Trece Colonias y fueron la clave del definitivo triunfo logrado por el general Washington en Yorktown.

Tal tesoro se envió por orden de Bernardo de Gálvez, secundado por su gran amigo y subordinado Francisco de Saavedra. Fragatas francesas transportaron desde La Habana en varias remesas tan importantísima cantidad, que le llegó a Washington cuando apenas tenía caballos, pólvora, tiendas de campaña, armamento... y además a sus tropas se le debían unos seis meses de paga...

No hay constancia de cuántas toneladas de monedas entregaron nuestros 'aliados' franceses a los norteamericanos. Tampoco tenemos indicios de que Washington llegara a saber que tantísima cantidad de dinero era español. Resulta obligado recordar que Francia entró arruinada en la guerra contra los ingleses. Baste a demostrarlo que el rey Luis XVI tuvo 15 ministros de finanzas en sus 16 años de reinado, porque ninguno logró sacar al vecino país de su permanente bancarrota.

Bernardo de Gálvez fue un claro referente del Credo Legionario... por el espíritu de compañerismo, por el espíritu de amistad, por el espíritu de marcha, por el espíritu de sufrimiento y dureza, por el espíritu de disciplina o por el espíritu de combate. En este mayo se han cumplido 18 años desde que fuera creada en Málaga la Asociación Bernardo de Gálvez con el único objetivo de recuperar y difundir su egregia figura, y hacerlo gratis e amore, en cumplimiento de un deber voluntariamente asumido. Un centenar de socios y tres mil amigos nos dan ánimo para proseguir en ello.

En nuestra trayectoria hay dos hitos extraordinariamente relevantes, ambos alcanzados en diciembre del año 2014: uno colgar su retrato en el Capitolio de Washington. El otro que el presidente Obama



le concediera el título de Ciudadano Honorario de Estados Unidos, y ello a propuesta de las Hijas de la Revolución Americana y del entonces senador por Florida Marco Rubio, hoy secretario de Estado norteamericano.

Nuestra Asociación trabaja ahora por conseguir que se erija en Madrid una gran estatua de Bernardo de Gálvez, y no solo por su decisiva contribución al triunfo de la independencia norteamericana, sino también como homenaje a quien fue un extraordinario gobernante, un extraordinario soldado y una extraordinaria persona. Lo demostró sobradamente como go-

bernador de Luisiana o como virrey de México.

En las Reales Ordenanzas Militares promulgadas por el rey Don Carlos III en 1768, cuya esencia continúa constituyendo la columna vertebral de las Fuerzas Armadas, se prescribía que: la reputación de su espíritu y honor, la opinión de su conducta y el concepto de su buena crianza han de ser los objetos que ha de mirar siempre.

Tales valores fueron los que marcaron la insigne trayectoria de Bernardo de Gálvez. Fue un nuevo Gran Capitán por su inteligencia, su arrojo y su liderazgo... como demostró en el Misisipi al crear lo que ahora sería un Tercio de La Legión o en todas sus campañas.

En el Día de nuestros Ejércitos hemos recordado a los 140.000 soldados y marinos españoles que ofendieron su sudor, su salud, su sangre o hasta su vida en la lucha contra los ingleses y por el triunfo de la Independencia norteamericana. En memoria de todos ellos y de Bernardo de Gálvez se han escrito estas líneas.

**Nuestra Asociación
trabaja ahora por
conseguir que se erija
en Madrid una gran estatua
de Bernardo de Gálvez**